

**Borja Rodríguez Gutiérrez (ed.), *Antología del cuento romántico*. Madrid, Biblioteca Nueva (Clásicos de Biblioteca Nueva, 54), 2008, 429 pp.**

**Borja Rodríguez Gutiérrez, *El cuento romántico español: estudio y antología*. Santander, Real Sociedad Menéndez Pelayo, 2008, 952 pp.**

<https://doi.org/10.55422/bbmp.608>

En los últimos años, Borja Rodríguez Gutiérrez ha ido publicando un considerable número de ensayos, de distinta extensión, en torno a la historia del cuento en el Romanticismo español. Fruto de una exhaustiva investigación sobre esta parcela de estudio son varios artículos que, desde el 2000, han aportado nuevas ideas y documentos que, en parte, nutrieron su *Historia del cuento español (1764-1850)* (Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, 2004), libro que se constituye como un sólido puntal bibliográfico en la investigación sobre el cuento decimonónico y raíz de los volúmenes que ahora considero. En realidad, los tres son complementarios, pues parten de un material común y de una misma base epistemológica. Como estableciendo una continuidad material, el autor ha elegido el conocido cuadro de Antonio María Esquivel, «Reunión de poetas», para figurar en la portada de *Historia del cuento español* y del editado por la Sociedad Menéndez Pelayo.

Los dos trabajos de 2008 son versiones distintas de un proyecto pensado para públicos y mercados diferentes. Más ambicioso en cuanto a número de páginas y cantidad de textos seleccionados es el segundo (*El cuento romántico español: estudio y antología*), donde se recopilan casi noventa cuentos comprendidos entre 1787 y 1895, precedidos de un prólogo en donde se contextualiza la antología (problemas terminológicos, genéricos, conceptuales, resumen de las claves del periodo histórico y evolución del modelo) y se ofrece la bibliografía pertinente al caso. En el primero (*Antología del cuento romántico*), el índice se reduce: veintidós cuentos de entre 1835 («Los tesoros de la Alhambra», de Serafín Estébanez Calderón) y 1850 («El caballito discreto», de Juan de Ariza; «Mis botas», de Modesto Lafuente). Aquí la introducción resume cuestiones fundamentales tales como el concepto del Romanticismo español, la estrecha relación entre el cuento y la prensa periódica, y la tipología del género (en función de rasgos temáticos, estructurales, del punto de vista de la narración...). Rodríguez Gutiérrez analiza además de manera individual cada uno de los textos elegidos, que, en gran mayoría, y como puntualiza el propio autor, eran de difícil acceso al no haber sido editados exentos hasta hoy fuera de las revistas en que vieron la luz. Copiados más de un siglo después, estos cuentos siguen constituyéndose pues como una novedad para los lectores.

Según hoy sabemos bien, el auge y desarrollo del cuento desde finales del siglo XVIII hasta el XX corre en paralelo con el de la prensa, ya sea literaria, miscelánea o de información. Su brevedad lo hizo idóneo para este medio y, a la vez, esta forma de difusión y la personalidad de sus destinatarios determinó algunas de sus marcas de construcción y la preferencia por algunos contenidos. En la nueva prensa diaria informativa el cuento tenía reservada una sección, lo que demuestra su atractivo para el usuario. El devenir de la prensa al compás de las circunstancias histórico-políticas (y los cambios en la libertad de prensa y la censura) influyen así de manera decisiva en su conformación y proliferación. Para Rodríguez Gutiérrez el nacimiento de la revista *Cartas españolas* (1831) supone un hito en un fructífero maridaje que continúa gracias a *El Artista* y el *Semanario Pintoresco Español* (en nota a pie de página se detallan los títulos aparecidos en estas publicaciones).

En cuanto a la tipología del relato romántico, Rodríguez Gutiérrez afirma el predominio del «cuento dramatizado» y de tema histórico (afín al éxito de la novela o el drama históricos). En coincidencia con otras formas narrativas decimonónicas, hay sin embargo una gran variedad de asuntos: cuentos de amor, humorísticos, morales, fantásticos y de aventuras. También los cuentos históricos ofrecen gran diversidad en virtud de sus héroes (una pareja de enamorados, el artista...) y asumen motivos procedentes de la fantasía, la aventura o el humor. Este hibridismo parece característico de la narración romántica (como, por ejemplo, se observa en una de las principales muestras de la novela histórica larga: *El señor de Bembibre*, de Enrique Gil y Carrasco, con deudas evidentes de la novela gótica y la sentimental). La vertiente fantástica tuvo asimismo especial cultivo (en 1991, Carla Perugini publicó una *Antología del racconto romantico spagnolo*, con producciones inéditas procedentes igualmente de la prensa, centrada en esta temática), aunque por detrás de la histórica. Juan Molina Porras ha preparado una interesante y amena edición de *Cuentos fantásticos en la España del Realismo* (Madrid, Cátedra, 2006) que testimonia cómo el gusto de los lectores por el mundo de la fantasía y la magia no desapareció durante la segunda mitad de la centuria.

Rodríguez Gutiérrez divide el contenido de *Antología del cuento romántico* en ocho apartados en función de la temática, ofreciendo a los lectores un corpus representativo y variado. En el primero («cuentos que presentan la figura del héroe romántico») encontramos al «ser marcado por un destino fatal y aciago», que ejemplifica «El lago de Carucedo», de Gil y Carrasco (1840, el más extenso del conjunto), al marginado de la sociedad («Alberto Regadón», 1836, Pedro de Madrazo), al bandido («Los bandoleros de Andalucía», 1841, Juan Manuel de Azara), y al artista («Los dos artistas», 1835, José Bermúdez de Castro). Siguen otros bloques centrados en el amor trágico, el relato del mal, el terror, la fantasía, la historia y la «concepción burguesa de la vida» (humor, moralidad e incluso antirromanticismo). Un último conjunto agrupa tres nombres que, por lo original y personal de su estilo, obligan, en opinión de Rodríguez Gutiérrez, a considerarlos de manera independiente: José Somoza, el siempre interesante y curioso Antonio Ros de Olano y Miguel de los Santos Álvarez. Se ha privilegiado, en consecuencia, la agrupación de tono y sentido (insistiendo en su valor como ejemplos para entender las peculiaridades del romanticismo español) frente a la ordenación cronológica, lo que hace que esta antología, al mismo tiempo, un libro de deleitable e instructiva lectura, muy útil desde el punto de vista pedagógico. En esto último redundan los pertinentes comentarios a cada relato.

Como lectora declaro mi predilección por piezas como «El lago de Carucedo» y su rebelde protagonista, el malvado «Fasque Nefasque», de Milá y Fontanals (texto híbrido que parece teatro), el maniqueo, terrorífico y fragmentario «Yago Yasck», de Pedro de Madrazo (Rodríguez Gutiérrez se encargó de editar sus cuentos: Pedro Madrazo y Küntz, *Cuentos*, Santander, Universidad de Cantabria, 2004), el tratamiento de la historia en «La sorpresa», de Estébanez Calderón, el divertido «Una nariz», de Bretón de los Herreros (que recuerda las viñetas humorísticas de la prensa satírica y de humor en torno a la máscara y el carnaval), el ingenio crítico de «Mis botas», de Modesto Lafuente, y, de nuevo en torno al carnaval, «La noche de máscaras», de Ros de Olano. En varios de estos relatos la descripción y el punto de vista señalan hacia el costumbrismo, y buscan detener imágenes y gestos como si se tratase de un daguerrotipo.

Volviendo a *El cuento romántico español: estudio y antología*, según antes indique la importancia y valor del volumen radica en el elevado número de cuentos, rescatados en su mayoría de la prensa periódica. Rodríguez Gutiérrez ha atesorado aquí parte del material de lectura y estudio que dio pie a sus distintos ensayos sobre la historia del cuento romántico español. Por ello, tal vez pueda ser entendido como el broche final de un proceso de investigación. A diferencia de la *Antología del cuento romántico* publicada por Biblioteca Nueva, donde se lista una bibliografía básica y más corta, relaciona una larga serie de títulos con una clara vocación integradora. El autor condensa en las páginas preliminares algunas cuestiones aún sin resolver (la definición del género es una de ellas) y llama la atención acerca del hecho de que, pese a la importancia de la narrativa romántica, «rara vez haya sido utilizada para establecer la división del movimiento romántico». Las polémicas y teorías sobre el Romanticismo español han pivotado más sobre los ejes del teatro y la poesía. Rodríguez Gutiérrez toma partido en estas discusiones acerca del ser romántico incluyendo piezas de finales del siglo XVIII, subrayando «la presencia de elementos románticos en la narración breve con anterioridad a [...] 1830, y aun a la de 1800». La permanencia del cuento romántico en las letras decimonónicas más allá de los años 40 y 50 es perceptible asimismo a través de varios relatos posteriores a estas décadas y hasta finales del siglo (la fecha del último cuento reproducido, «La espada de Vilardell», de Milá y Fontanals, es 1895). En este ensayo el orden de los textos sí es el cronológico: se persigue una visión general y comprensiva del desarrollo del género. Al final del tomo se suman dos índices generales: por orden alfabético de títulos y de autores. El repaso de los títulos hace comprender de forma gráfica la variedad del género; en cuanto a las firmas, y junto a nombres familiares (José Zorrilla, Ros de Olano, Trueba y Cossío, Somoza, Trigueros...), se advierten otras casi desconocidas y llaman la atención los muchos anónimos.

En definitiva, los dos libros que reseño son valiosas aportaciones al estudio y la lectura del cuento romántico español. El empeño de Borja Rodríguez Gutiérrez, junto a la Sociedad Menéndez Pelayo y Biblioteca Nueva, facilita a lectores muy distintos el acceso a los textos.

MARTA PALENQUE  
UNIVERSIDAD DE SEVILLA